

LITERATURA

AFIRMACIONES Y REIVINDICACIONES

Carlos Barral

POR lo que yo sé o dejan adivinar los mentideros literarios y las indiscreciones de los editores y los agentes, la rentrée académica tendrá este año un correlato muy ambicioso en propuestas del comercio librero, incluso de alto rango literario. Desde el punto de vista de la historia sería de la literatura no creo que ninguna de las novedades que se anuncian oscurezca la importancia de un libro fundamental que conozco muy bien por el hecho de ser su editor. Me refiero a *Final*, el quinto y último volumen de la poesía completa de Jorge Guillén, un poemario extenso y vario, compuesto por textos inéditos o casi inéditos. En la obra de Guillén, que a mi no me importaría calificar de autor del libro unitario de poemas más importante escrito en castellano en el siglo XX, *Cántico*, *Final* estaba previsto como una especie Nachlass, un legado último de lo escrito después de cerrada la obra concebida como completa y que constituyen los cuatro tomos anteriores de *Aire Nuestro*. No es así, porque el poeta, por fortuna, se sobrevive y sigue escribiendo, de modo que *Final* ha resultado contra lo previsto un tomo cerrado más de la obra completa, en el que, a causa de su primitiva función, asoman variedades de temas y procedimientos, y una legalidad más compleja que en los volúmenes posteriores a *Cántico* y que preceden a éste.

El otoño del 81, será parece, una temporada de afirmaciones y reivindicaciones en el terreno de la narrativa en lengua castellana. Varios autores de la llamada generación de los años 50 tienen prácticamente en prensa novelas que el rumor califica de obras mayores, de todo lo contrario que obrillas cursivas. Juan García Hortelano corrige *Gramática Parda*, un libro del que viene hablando desde hace 10 años y que es posible que sea una recuperación del lenguaje personal escusado en el experimento que fue *Los vaqueros en el pozo*. Caballero Bonald tiene, parece, una novela importante en prensa. Juan Marsé medita las últimas comas de otra novela ambiciosa también destinada a reivindicar prestigios. Los editores hablan, además, de sorpresas.

Los narradores latinoamericanos harán también solemnes comparencias. «La guerra del fin del mundo», de Vargas Llosa, en dos ediciones

simultáneas, pretende el protagonismo de la temporada. Heberto Padilla, el poeta disidente, con mayúsculas, de la revolución cubana, publica por fin la novela que originó el caso Padilla en 1969 y que se suponía que había sido destruida por los «lectores» de la Seguridad del Estado. Bryce Echenique, el otro grande de la literatura peruana, publica su *La vida exagerada de Martín Romaña*, primera parte del díptico *Cuaderno de navegación en un sillón voltairre*. Se habla también de una novela de Roa Bastos, terminada o casi terminada. Parece anunciarse una ofensiva de la narrativa latinoamericana. Un otoño, parece, en que nadie dará abasto a leer y que promete marear a los críticos y a los historiadores de las literaturas.

TEATRO

LA RUTINA

Ignacio de la Vara

RUTINA. Un puñado de estrenos, cada uno con su interés o su desinterés. Y un alud de reposiciones: sacadas unas de la gaveta de los clásicos, otras de la temporada pasada que vuelven, y esto último hace perder un poco el concepto de «temporada»; las obras, como las familias, se van y vuelven de Madrid durante el verano. No puede decirse que sea mala señal: el público mantiene durante más tiempo aquello que le gusta. Sin entrar ahora en juicios de valor sobre lo que ya ha comenzado, y menos sobre lo que va a comenzar, hay que señalar una cierta tendencia al teatro de texto sobre el teatro de espectáculo: aparte de que sea una tendencia mundial, en España parece haberla favorecido el teatro de Antonio Gala, tan apoyado en el texto; y, ahora, la permanencia de Buero Vallejo en la defensa de la obra de autor. Hay también una tendencia que favorece al teatro comercial y desfavorece al de grupos independientes, ensayos o vanguardias. No es una tendencia grata: y no es porque al teatro llamado comercial haya ni mucho menos que vituperarle ni negarle valores, sino porque el otro teatro es siempre una necesidad cultural y hasta una fuente nutricia del llamado comercial. Esta tendencia habría que atribuirla a la política de subvenciones —que sigue siendo el elemento dominante en la programación; y no parece que este riesgo haya alertado a la profesión como debía— y tal vez a una falta de apreciación por parte de estos grupos al fenómeno de regreso al teatro de autor (siguen prefiriendo los montajes colectivos y la hipertrofia

de la dirección). En cuanto al público parece instalado en una tónica también anterior: ya no va al teatro, como se iba antes (se decidía ir al teatro, y luego se escogía la obra), sino que va exclusivamente a la obra marcada por el éxito. El público sigue siendo más abundante en provincias que en Madrid; probablemente porque a provincias llegan especialmente esas obras marcadas ya por el éxito. ■

MUSICA

EL PROBLEMA ESTRUCTURAL

José Ramón Rubio

HACE años, cuando todavía éramos más jóvenes, se empezó a poner de moda que, cada vez que se discutía algo, algún listo zanjara la cuestión argumentando que «aquello era un problema estructural». Entonces todos, aunque sospecho que no entendíamos nada, asentíamos vigorosamente y decíamos que sí, que era un problema estructural, pues no faltaba más.

Pero al cabo de los años, yo por lo menos he comprendido. El problema estructural es, por ejemplo, que la programación de televisión, aunque sea la misma —que siempre lo es—, será buena o mala si se va Castedo o no se va Castedo. O que las leyes y la justicia tendrán un sentido u otro dependiendo de si son de antes o de después de la dimisión de Fernández Ordóñez. O que lo importante para el fútbol ya no lo serán los goles, sino si hay o no acuerdo entre los clubs, la Federación y la AFE. Vamos, que el problema estructural consiste en que el significado de las cosas depende, parafraseando a Humpty Dumpty, de quién tenga el poder.

Bueno, pues parece que la nueva temporada de música presenta su correspondiente «problema estructural». Ha habido cambios en las alturas por todas partes. No sólo en las comunidades autónomas, dadas incluso en lo musical a crear lo que no había o a recrear lo que dejó de haber. También cosas tan sólidas como el Liceo ven el advenimiento de nuevas personas, aunque en el caso del Liceo, la aparición de Luis Portabella como responsable máximo se deba a la lamentable circunstancia del fallecimiento de su predecesor. Por lo demás, la vocación wagneriana del teatro —y quizá de la Ciudad Condal—, se garantiza por la rápida presentación de un «Lohengrin» que se quiere importante. Por no cambiar de tierra, digamos que Ros Marbá vuelve al